

SEGUNDA PARTE

RAF

XI

Raf bajó del coche y entró a la fonda, llena a aquella hora de la noche de sus habituales concurrentes, italianos y griegos hediondos a mosto y a mugre. Su espíritu aventurero lo llevaba a veces a aquellas tabernas innobles que le recordaban las cuevas peligrosas del puerto de Marsella, de Génova y de Nápoles. Además, estaba aburrido, desesperado, y aquella tarde al pasar por allí en viaje de inspección de un terreno que debía comprar, había visto una muchacha divina, de grandes ojos pensativos y negros que lo habían mirado con una expresión acariciadora, llena de sorpresa, como si lo volvieran a ver tras una larga ausencia.

Ocho días habían corrido desde la noche de la inexplicable fuga de Magdalena, y como a pesar de la promesa que ella le hiciera en su carta no había vuelto a tener noticias de la joven, estaba desesperado, aburrido de aquella vida tan vacía de amores y de emociones.

Entró a uno de los reservados y se sentó indolentemente. No sabía qué iba a hacer allí, extrañó entre aquel ambiente de grosería y de escándalo. La joven que viera aquella tarde entró al reservado y con una ténue sonrisa llena de tristeza, le pidió en italiano la orden.

—Qué tienes tú aquí de comer?preguntó Raf.

—Ravioles, spaguetti, macarrones, todo italiano, dijo ella con una dulcísima voz de argentino timbre y que parecía educada para más nobles fines.

Raf se sorprendió y mirándola cariñosamente le dijo: —Trae lo que quieras, y me sirves vino también.

—Oh, lo que yo quiera. . .

—Sí, eres muy linda y lo que tú traigas será bueno. Tú misma cocinas todo?

—Oh, no, respondió la joven, un tanto ruborizada. Y salió, sonriendo siempre, con un andar lleno de majestuosa lentitud.

Raf se quedó perplejo. Cómo es posible que uno pudiera enamorarse tan pronto? Y sin embargo, él creía estar enamorado, de aquella graciosísima muchacha que parecía haber crecido en un ambiente de cultura distinto del que hoy la rodeaba. Y una cosa extraña sorprendió a Raf ¿cómo podía suceder que ninguno de aquellos individuos se hubiera enamorado de la joven también, tratándola diariamente? O sería ella la querida o la esposa de uno de aquellos groseros y asquerosos hombres? No, no podía ser; la delicadeza de aquella criatura tenía que sentir repulsión hacia todos esos brutos que se emborrachaban de mal vino y que blasfemaban estúpidamente.

La joven entró con una bandeja portando platos y cubiertos que puso sobre la mesa.

—Hace tiempo que estás en Panamá? preguntó Raf.

—Desde los Carnavales.

—Y te gustaron los Carnavales nuestros?

—Oh, no sé. . . No los ví yo. . . Y se quedó pensativa largo rato, bajo la mirada benévola de Raf. — Estuvo usted mucho tiempo en Italia? preguntó luego.

—Dos años nada más. ¿Por qué me lo preguntas?

—Porque habla usted el italiano muy bien.

—Estuve siempre en Florencia.

—Florencia. . . Y la joven suspiró hondamente y se tornó pensativa de nuevo.

—Parece que Florencia tiene gratos recuerdos para tí

—Oh, no, no. . . Pensaba en Italia. . . Y se ruborizó y sus ojos se humedecieron ligeramente. —Me olvidaba, agregó, de que le debo servir.

—Y qué mas da. Me gusta más que hables.

—Pero no está bien, y salió del reservado con una sonrisita maliciosa llena de infantil ingenuidad.

El espíritu suspicaz de Raf adivinó un misterio en torno de aquella linda muchacha que, quién sabe por qué extrañas y repetidas

traiciones de la fortuna, había descendido hasta ser camarera de una fonda de cocheros y de gente de la hampa. Y lo veía ella con una cariñosa mirada, no exenta de curiosidad, pero sí limpia de esa vulgar coquetería de las mujeres fáciles, que lo hacía pensar en posibles horas de paz y de amor, viéndose en las pupilas de la joven, llenas de misterio y quietud, como impregnadas quizás del ensueño de los nativos canales venecianos. . .

La joven entró nuevamente portando las viandas pedidas, que dejó sobre la mesa. Luego, graciosamente, arregló los platos y los cubiertos ante Raf.

—Cómo te llamas? preguntó Raf.

—Francesca.

—Y yo Pablo.

—Oh, Pablo y Francesca. ¿Y no tendría usted miedo al infierno? preguntó ella dulcísicamente, con una encantadora sonrisa llena de intención.

—No, si he de bajar contigo, unidos en un beso largo, eterno. . .

—Oh, . . . Cállese, cállese, por Dios, que nos oyen.

Al reservado contiguo acababan de entrar unos sujetos que hablaban francés, y la joven, con un dedo puesto sobre los labios, indicando a Raf que se callara, salió caminando en la punta de los pies.

Raf estaba profundamente intrigado. Qué gente se reunía en aquella fonda situada en el barrio de las mujeres de vida airada y de los hombres envilecidos? . . . Quién era esa camarera fresca y fragante como una rosa de Mayo, que sabía del Dante y que suspiraba ante los recuerdos que le evocaba el nombre sagrado de Florencia, la ciudad del arte y de las leyendas?

Los vecinos del reservado discutían quién sabe qué asuntos. Raf escuchó:

—No puedo esperar más, decía uno de ellos con marcado acento provenzal. He esperado bastante y es necesario que yo mande a Tarascón los veinte mil francos que necesito para que mi padre no pierda la Granja. Para qué trabajo entonces? . . . Para que ando con vosotros si la hora en que necesito dinero, no lo tenéis?

—Debes esperar. Tú sabes que Leonardo no tiene ahora mismo

suficiente dinero para darte esa suma. Vas a comprometer un buen negocio. Y también puede comprometernos a todos.

--Y qué más da? . . . Creéis que puedo resolverme a que mi padre quede en la calle? . . .

--Tú harás lo que te convenga. . . Ves bien cómo marchan nuestros asuntos. Apenas hay para que Leonardo pueda trabajar con éxito. Dentro de un mes o dos tendremos que darte no veinte mil

que estabas aquí.

—Oh, sería mejor. . . Si ellos hubieran sabido que usted estaba allí. . .

—No habría pasado nada.

—Usted no sabe. . . Usted no puede saber. Y los ojos de la joven se llenaron de lágrimas.

—Por qué lloras?. . .díme. . . Qué tienes tú que hacer con esos hombres, dijo Raf, tomándole una de las aristocráticas manos y llenándosela de besos.

—Nada. . . nada. . . Es horrible. Y rompió a llorar dolorosamente, ahogando sus sollozos para no ser oída.

Raf se había puesto en pie y acercándose a la joven le había puesto la mano en el hombro paternalmente.

—Dime qué tienes, nena. . . No llores así. . . Cuéntame todo, que yo seré tu amigo, tu hermano, dijo Raf, tan sinceramente, que la joven alzó el rostro bañado en lágrimas y fijando en Raf una intensa mirada de agradecimiento, se abrazó a su cuello, mientras un gran sollozo le llenó el pecho.

Raf le enjugó cariñosamente las lágrimas y después de besarla castamente en los párpados, continuó:

—Cuéntame lo que te pasa. . . No tengas miedo de mí. . . Yo seré tu amigo, el mejor amigo que hayas tenido en tu vida. . . No creas que te engaño. ¿No comprendes que lo que te digo me sale del alma?.

—Sí, lo sé, lo adiviné. Esta tarde que usted pasó me sorprendí porque creí ver a mi hermano en usted, y cuando sus ojos me vieron, sentí algo interior que me decía que usted tendría un gran papel en mi vida. . . Pero es horrible, usted me despreciará cuando sepa todo. . . Yo soy muy infeliz. Y rompió de nuevo a llorar.

—No, no tengas miedo. No te despreciaré, antes por el contrario te quiero ya porque sé que sufres y que estás sola, sin nadie que te quiera.

—Qué bueno es usted. . . No me había engañado el corazón. Y

esto lo dijo la joven en un castellano correctísimo que sorprendió a Raf.

—Usted cree que soy italiana, no es cierto? continuó. No, no lo soy; pero mi consigna es ignorar el castellano para evitar el trato de los hijos del país. Oh, si supieran ésto usted corría mucho peligro de ser asesinado.

—Sí, ya lo sé, ya lo había comprendido; pero no temas. . .Tú verás. . .

—Es preciso que usted se retire. Mañana, a la una de mañana, cuando todo esté cerrado, yo le esperaré a usted. . .
Esta noche no debemos estar por más tiempo juntos. . .

—Bien, yo me retiro, ya que tú lo deseas. . .

—Es mejor para los dos.

—Bien, hasta mañana. Y Raf vio a la joven con una mirada suplicante que ella pagó con una de aquiescencia, llena de pureza y de agradecimiento.

Y se acercaron lentamente y Raf rozó la frente de la joven con un beso de inefable ternura.

—Hasta mañana, pues.

XII

“Raf de mi alma y de mi vida: —

—Al fin he podido dedicar a escribirte un poco de este tiempo que empleo sólo en pensarte. Si supieras cómo te has adueñado de mi pensamiento, de mi alma, de mi vida toda. . . En medio de mi soledad y de mi desgracia, el cielo me ha concedido la inmensa ventura de poder soñar contigo y ansío que llegue la noche para sentirte a mi lado, para escuchar tu voz diciéndome que me quieres mucho, que me quieres hasta la muerte.

En veces me asalta el presentimiento de que nuestra separación ha de matar en tu alma ese amor que me ha hecho tan feliz, y entonces una angustia mortal se apodera de mi corazón. ¿Por qué —me pregunto— he venido a sentir esta loca pasión cuando ya no puedo ofrecerte sino los restos de una juventud que fue hermosa y muy llena de luz? . . .

Yo sé que eres bueno, y que aún cuando un día no me quieras, tratarás de ocultarme tu hastío para no hacerme sufrir; pero yo no quiero eso. Mi inmenso amor anhela verse correspondido siempre con otro igual, con otro como ese que me has demostrado hasta el día infeliz en que nos separó la suerte. . .

Hay momentos de dolor y desesperación en que he sentido tentaciones de saltar sobre todo y de correr hacia tu lado, suceda lo que sucediere; pero cuando la calma se ha hecho en mi espíritu me he dado cuenta de que yo no tengo derecho para comprometer tu juventud ni tu porvenir, llenos de halagadoras promesas. . .

Y me pregunto en qué llenarás aquellas horas de comunión espiritual que pasabas diariamente a mi lado, olvidados del mundo y de todo?. . . Tendrás una nueva ilusión que te llena el corazón que hasta hace poco estuvo lleno de mi cariño?. . . Podrá una nueva mujer quererte tan inmensa, tan hondamente como yo?. . .

Y yo misma me respondo: Sí, por lo menos en tu concepto, que es lo interesante; porque sucede que la mitad del amor que un hombre cree encontrar en una mujer hacia él, está en él mismo. Cuando la quiere las trivialidades más infantiles, le parecen cosas de gran ingenio; las indiferencias, cosas naturales de la inexperiencia, de la poca costumbre de amar; y en cambio cuando se hastía de ella, las oportunidades más felices las conceptúa coqueterías estudiadas, estratagemas de repertorio, y las más castas ternuras sobonerías cargantes. . . ¿No es cierto que sí, Raf de mi alma?. . .

Voy a terminar esta carta que no tendría fin si no existiera sobre mí el peligro de una sorpresa que sería fatal para ambos. Si supieran que te escribo. . . Escalofríos me da pensar las cosas que podrían acontecer. . .

No trates de averiguar mi paradero, y cree que donde quiera que esté soy toda tuya.

Magdalena''

Raf, tendido indolentemente en una silla de viaje, acabó la lectura de la carta y encendió un cigarrillo. Mientras las espirales de humo ascendían en el quieto ambiente de la habitación, repasaba las cosas misteriosas que le habían acontecido en el transcurso de dos meses. La carta de Magdalena le había producido una melancolía sutilísima que lo embargaba todo sumiéndolo en una suave y volup-

tuosa sensación de pena. Por qué no quería ya a aquella mujer que había sido para él toda bondad y cariño? . . . Aquel inmenso amor que agitó su alma y su cuerpo durante unas semanas podía haberse extinguido silenciosamente, sin un estremecimiento, sin un dolor, como se apaga un sonido, como se evapora un perfume, como se borra una nube de incienso? . . . El naciente amor de Francesca, aquella divina muchacha de la fonda, a quien debía ver aquella noche, había tenido poder para borrar de su alma, de un solo golpe, la pasión que un día sintiera por Magdalena? . . . Un remordimiento del futuro dolor que habría de causar a Magdalena el día que ella se convenciera de su desvío, le inundó. Pero. . . tenía él la culpa de haberla dejado de querer? . . . La quiso sinceramente un día y se lo dijo con lágrimas en los ojos y con el corazón a flor de boca. Si no la quería hoy, cosas eran éstas de las que están dentro del número de las que aún no ha podido explicarse la humana sabiduría. Y se complacía en comparar allá en su imaginación la esbelta y lánguida belleza de Francesca, como un exótico lirio de invernadero, con la arrogante bizarría de Magdalena, nimbada de esa extraña melancolía que circunda las rosas plenamente abiertas, que ya dieron todo su perfume y que amenazan deshojarse al levísimo sople de la brisa. . .

El timbre del teléfono lo sacó de sus pensamientos. Se dirigió al aparato y tomó la bocina.

—Qué hay? . . .

—Hablo con Raf?

—Sí, qué desea usted?

—Estás hablando con Pretelt, sabes? . . . Hazme el favor de venir a la Comandancia lo más pronto que puedas.

—Inmeditamente voy.

—Te espero, pues.

—Sí, hasta luego

—Hasta luego.

Raf sonrió mientras cerraba la comunicación. Estaba satisfecho de que extraoficialmente se le tuviera en cuenta en asuntos misteriosos de policía. Y comenzó a peinar, tarareando una canción napolitana, en tanto que su boca se entreabría dibujando una sonrisa porque por su imaginación pasaba la aristocrática figura de Francesca, la linda camarera de la fonda de los cocheros y de los ladrones. .

XIII

—Qué hay Leoni. . . dijo Raf, entrando a la Comandancia de

Policía.

—Qué hay, viejo, cómo estás? . . . Siéntate.

—Y qué diablos es lo que traes entre manos?

—Hombre, es un asunto muy importante que quiero que arreglemos los dos solos. Como tú el otro día me dijiste que te llamara siempre que ocurriera algo de interés. . .

—Y de qué se trata ahora?

—He recibido esta nota del Jefe de la Policía de la Zona en la cual me dice que le avisaron de Nueva York que había salido para acá hace unos meses una banda de ladrones, pero que su gente los ha buscado y no ha podido dar con ellos, y que él cree que siguieron para el Sur, no obstante lo cual me lo avisa para que yo esté al corriente. Y Leonidas tendió a Raf la comunicación del Jefe americano.

Raf la leyó atentamente y se la devolvió a Leonidas, sonriendo.

—Esos yankees no saben de nada, hombre. Los ladrones están aquí, en Panamá, y sé donde se reúnen.

—Y cómo has dado tú con ellos?

Por una casualidad; y sólo espero poder cojerlos a todos juntos, con las manos en la masa.

—Desde cuándo sabes tú eso?

—Desde anoche. Y si supieras que los encontré buscando una mujer. . .

—Pero tú andas buscando mujeres a todas horas.

—Y a todas horas las encuentro; pero esos otros. . .

—Bueno, tengo otro asunto que no debes conocer.

—Cuál es?

—Que le han robado anoche a la bella Enriqueta de Sandoval todos sus brillantes.

—Diablos, y ese es un buen bocado.

—Nada más que le dejaron el relicario donde guarda el retrato del marido.

—Amigo, porque la cabeza de ese hombre es cosa pesada. Y por qué no me lo avisas hasta este momento?

—Porque ahora mismo es que acaban de dar parte del hecho a la

Policía.

—Y qué han hecho ustedes?

—Nada. Por esto, te he llamado. Quiero que vayamos juntos a la casa de Enriqueta.

—Pues, en marcha que mientras más pronto llegemos será mejor.

Y Leonidas y Raf salieron de la Policía y tomaron el automóvil.

El chalet donde vivía don Francisco de Sandoval con su bellísima esposa era un precioso palacete situado en el Malecón del aristocrático barrio de Bella Vista, que viene a ser en Panamá, lo que **La Coronice** en Marsella y **El Vedado** en La Habana. Daba frente al mar y con un jardín, cerrado por una hermosa verja cuyas columnas remataban en águilas doradas con las alas abiertas al viento. En el centro estaba la entrada principal del edificio, la cual se llegaba por una escalinata de mármol rojo. La entrada posterior del chalet, que daba frente a la otra calle, sólo se usaba por la servidumbre, poco numerosa.

Leonidas y Raf subieron la escalera y ya en el vestíbulo aplicaron el dedo al botón de un timbre eléctrico. Un criado salió y los hizo pasar a un saloncito de recibo de la parte baja del edificio.

Don Francisco de Sandoval apareció, arrugado el entrecejo y rígido el abdomen de hombre bien comido.

—Qué tal, caballeros, cómo están ustedes? Les agradezco que hayan venido pronto. Yo no me explico. . . Es un misterio. . . Ustedes verán. . . Vamos arriba. . . Y echó a andar, seguido de Leonidas y de Raf.

Cruzaron varias habitaciones lujosamente amuebladas y por fin llegaron a una monísima, llena de luz, de arte y de coquetería.

—¿Ven ustedes? Este es el cuarto tocador de mi señora. El cofre estaba sobre esta mesa. Lo dejaron abierto y sólo con unas cadenillas insignificantes y con restos de prendas rotas. No han roto el armario . . . No han dejado abierta ninguna puerta, ninguna ventana, nada.

—Fueron ustedes al baile de anoche? preguntó Raf.

—No. Yo estaba en Colón, y mi señora no quiso ir sola.

—Ella no ha oído nada. . . No sabe nada. . . No se explica nada. . .

Enriqueta de Sandoval apareció majestuosamente, vistiendo una riquísima bata imperio, de seda color de oro viejo, con gran cuello de encajes que le cubría los hombros. Y estaba hermosísima aquella mujer de bellos ojos negros enrojecidos visiblemente por el llanto y circundados de profundas ojeras azules que denotaban una gran fatiga, una honda pena secreta. . .

Saludó afablemente a los visitantes, que pudieron notar lo dolorosa y forzada que era la sonrisa que le contraía los finos labios rojos.

—Y por qué no han avisado ustedes antes? preguntó Leonidas.

—Usted verá. . . Yo no estaba aquí. . . Enriqueta cuando se dio cuenta del robo se echó a llorar como una chiquilla. . . Como que la han dejado sin una sortija!

—A cuánto asciende el valor de lo que les han robado?

—Acabo de revisar las facturas que tengo coleccionadas y son catorce mil dólares y pico.

Raf entre tanto examinaba la habitación disimuladamente. Había visto dos palillos de fósforos de los pequeños, de esos que sólo usan los fumadores, y estaba intrigado. Una gran araña colocada en el centro de la habitación y bombillas aisladas puestas sobre los espejos, lo convencían de que allí sólo se usaba luz eléctrica y que los fósforos eran supérfluos. Después, ni un candelabro, ni una lámpra que hiciera necesaria la presencia de aquellos palillos quemados. Era, pues, indudable que allí había estado un hombre que con toda calma del caso había encendido un cigarro o un cigarrillo y se había sentado a fumar. Además, al entrar a la habitación, cerrada, había sentido el olor de un perfume conocido que no podía recordar con precisión.

—A qué horas asean esta habitación las criadas? preguntó Raf.

—Dos veces diarias, por la mañana y por la tarde; pero hoy no ha entrado aquí la camarera. . . Sólo yo estuve esta mañana, cuando noté el robo, y no he entrado más, dijo Enriqueta, suspirando.

Raf tomó entre sus manos el cofre y se lo acercó a la nariz y notó inmediatamente que estaba impregnado del perfume que flotaba tenuemente en la habitación, olor que era más claro, más perceptibles aún, en el papel de seda donde dejaron envueltas las prendas de poco valor, incompletas o rotas. Maquinalmente se llevó

la mano al bolsillo interior de la americana, sacó la carta de Magdalena que acababa de recibir y se la acercó a la nariz y contrajo el ceño: era el mismo perfume, que él antes había aspirado muchas veces, sin recordar precisamente dónde.

—Se puede pasar a la alcoba de su señora? preguntó al señor Sandoval.

—Sí; donde ustedes quieran. Vamos. . . Y pasaron, precedidos de Enriqueta, que se había puesto un poco pálida.

Desde el sitio donde se había parado, Raf examinó el piso de la habitación palmo a palmo, cuidadosamente. Después, y con gran discreción, su mirada se dirigió a los muebles y tras largo rebuscar notó en un sofá de terciopelo carmesí, y casi oculta por un gran almohadón de seda, una gardenia pálida y marchita. Los ojos le brillaron con aquel fulgor que adquirían a la vista del triunfo, porque adivinó instantáneamente toda una vasta red tramada en torno de él.

—Aquí, dijo don Francisco, es donde se guardan las llaves de los armarios, y Enriqueta dice que allí estaban cuando vino a buscarlas.

—Y usted, mi señora, no se ha dado cuenta de nada, no ha oído el más leve rumor? preguntó Raf.

—Nada, yo no he advertido nada, contestó Enriqueta con una turbación que no escapó a Raf.

—Ella dice, interrumpió don Francisco, interviniendo, que ha tenido un sueño pesado y que se despertó muy tarde, cuando la camarera entró y le advirtió lo tarde que era. Le costó trabajo despertar y se ha sentido el cuerpo adolorido.

—Anoche no ha entrado nadie a esta habitación, mi señora? preguntó Raf.

Enriqueta se puso encarnada y respondió: — No, nadie. Estuve leyendo hasta cerca de las doce y a esa hora me acosté.

Raf aprovechó un momento de descuido de los dueños de la casa y tomó la gardenia marchita que estaba sobre el sofá y se la guardó en un bolsillo.

—Si quieres, podemos irnos, Leonidas. Aquí no hacemos nada ya.

—Bueno, vámonos; pero es mejor que salgamos por la escalera de atrás; no te parece?

—Sí, mejor; puede que hallemos algún indicio.

—Es mejor que no vayan, dijo Enriqueta; se ensuciarían el calzado. Como anoche llovió, hay lodo. Salgan por el frente.

—No tenga usted cuidado señora. Tomaremos precauciones.

Raf recordó que efectivamente la noche anterior había llovido, poco después de las doce de la noche, y que podría encontrarse algo que confirmara todo lo que ya él había sacado en claro de sus deducciones.

—Aquí, en el jardín, ¿tienen gardenias? preguntó Raf a Enriqueta, como al descuido, pero de imprevisto.

—Enriqueta palideció súbitamente, y repuesta de su emoción dijo, como quien reconcentra recuerdos: Gardenias? . . . Sí, sí hay; ahora lo recuerdo. . . Yo uso a menudo en la cabeza. . .

Leonidas y Raf se despidieron de don Francisco y de Enriqueta que los acompañaron hasta la galería de la parte posterior, y bajaron al patio cuyo piso era de cascajo, poco explotable para la clase de investigación que Raf se proponía. Además, el trajín de la servidumbre podría introducir confusiones en lo que ya llevaba adelantado, por lo cual resolvieron salir hasta la calle por ver si las condiciones del terreno los favorecían. En la puerta, sentado en una banqueta y recostado a la verja, estaba un hombre.

—Es usted de la casa, señor? interrogó Raf.

—Sí, señor: soy el jardinero.

—El jardinero? . . . Y Raf saboreó con deleite la pregunta que iba hacerle.

—Tienen aquí en el jardín gardenias, señor?

—No, gardenias no tenemos.

—Pero antes sí había?

—Tengo cinco años de estar aquí y nunca las he visto, contestó llanamente el jardinero.

Raf sonrió, y al mirar distraídamente al suelo, hizo un ademán de sorpresa.

—Mira, dijo, lo único que faltaba: una huella de automóvil. Ese coche ha venido anoche, después del aguacero, y se detuvo aquí en la puerta. Ves cómo se pierde la presión de la llanta aquí donde se detuvo? Sólo necesitaba de este detalle para saber lo que necesitamos. Tú y yo conocemos ese automóvil, y ahora mismo voy a rectificar, confrontando la llanta del que yo conozco con estas huellas.

—Tú no viste cómo Enriqueta dijo que había gardenias en el jardín? continuó.

—Sí.

—Pues ya ves que el jardinero dice que ni hay ni ha habido. Y aquí tienes esta gardenia que estaba en un sofá de la alcoba de Enriqueta.

—Pero qué sacas tú en claro de todo esto?

—Que Enriqueta es cómplice del ladrón que la ha desvalijado y nada más. Y yo sé quién es él, pero necesito tener plena prueba de este robo y de otros más que he sacado en claro por éste, porque será un escándalo terrible el que va a armarse.

Y Leonidas y Raf subieron de nuevo al automóvil de la Comandancia que se perdió vertiginosamente a lo largo del Malecón de Bella Vista, entre la doble fila de tranvías que llevaban y traían gentes de los baños, mientras Enriqueta sola en su alcoba, viendo tras los cristales alejarse el automóvil, lloraba llena de angustia y de remordimiento.

XIV

Raf llegó a su casa y se tendió en una hamaca. Quería coordinar sus pensamientos y ordenar sus ideas sobre las cosas que le habían ocurrido en las veinticuatro horas anteriores, no fuera que su optimismo lo hiciera caer en un error lamentable. El conocimiento casual de la encantadora Francesca en aquella fonda innoble; el descubrimiento de aquellos ladrones que eran, sin lugar a dudas, los que buscaba la policía de la Zona; el recibo de la carta de la pobre Magdalena a quien parecía haber olvidado por el fresco amor de la joven y bella italiana, y por último, el robo hecho a Enriqueta de Sandoval, y la conciencia de aquel perfume que flotaba en el cuarto tocador de

Enriqueta y en el papel donde fueron envueltas las prendas inútiles, con el que despedía la carta de Magdalena. . . Y aquella gardenia olvidada sobre el canapé de la alcoba de Enriqueta, y aquellas huellas de un automóvil que él conocía perfectamente. . .

Por lo, pronto lo que necesitaba más urgentemente era un ayudante, pero un ayudante que a la vez que tuviera talento y sagacidad, ignorara de qué cosa se trataba y obrara como un autómeta. Y era tan difícil conseguirlo en esas condiciones. . . Porque Raf estaba ya sobre la pista de todo aquel vasto enredo y se le figuraba que todo estaba relacionado entre sí y que habría de tener una sola e idéntica solución. Y el corazón le latía de gozo al pensar el bien que iba a hacer por una parte y el desquite que se iba a tomar por la otra. . .

Dos golpes dados en la puerta lo sacaron de sus meditaciones.

—Adelante, dijo.

Un chiquillo de unos doce años se presentó, sombrero en mano, y saludó, subrayando con una sonrisa picaresca. Sus ojos inteligentes y brillantes, su cabellera en desorden, el sudor que le bañaba el rostro y su figura toda denotaba en él a nuestro granuja, ese tipito despierto y audaz, que habla inglés, entiende francés, estropea el italiano y se cuela por todas partes con una frescura desconcertante.

—Hola, Candelilla, ¿qué se te ofrece? preguntó Raf.

—Nada, nada. . . que mi mamá se está muriendo.

Raf dió un salto y quedó sentado en la hamaca.

—Diablos. Se está muriendo tu mamá y dices que no es nada?

—Se está muriendo de dolor de muela. . .

—Granuja. Y por qué me vienes a asustar?

—Si usted no me dejó acabar de hablar.

—Bien, y qué querías?

—Que ella dice que le mande un peso para comprar ácido fénico.

—Un peso para comprar ácido fénico?

—Bueno, ella me dijo que le mandara dos reales, pero como usted siempre me da un peso. . .

—Tú no te duermes, no es verdad?

—Yalo. . .

—Conque yalo, no?. . . Y por qué estás tan sudado?

—Porque mi mamá me mandó aquí como a la una y como yo no lo encontré me fui a bañar a Peña Prieta y ahora lo ví que venía con el Comandante Pretelt en un automóvil y me vine detrás.

—Y te has venido a pie?
—No hombre, no sea loco: vine en mi bicicleta.
—Ah. . . Conque tienes bicicleta?. . . Y quién te dió a ti bicicleta.
—Yo se la compré a **Cara de Gato**
—Y quién es **Cara de Gato**?
—El hijo de Matea la que vende arroz con leche.
—Y en cuánto te vendió la bicicleta **Cara de Gato**?
—En veinte pesos. Ya yo le he dado diez y me faltan darle los otros diez.

—Y tú sabes montar bien.
—Claro, hombre, claro.

—Bueno, oye lo que te digo: esta noche a las ocho te espero aquí, y si me haces bien la diligencia que quiero, te doy los diez pesos que te hacen falta. ¿Quieres?

—De un solo pujazo me los da?
—Juntos, diez morlacos.
—Y qué tengo yo que hacer?
—Es fácil. A la noche te digo. Toma el peso y no te olvides.

Y el granujilla salió feliz, dejando a Raf resuelto el problema más difícil que se le había presentado como era el de encontrar un buen colaborador.

XV

Tina de Albarrán era francamente bella. Hija de un castellano de pura sangre y de una legítima **chola** de nuestras montañas, en ella se resumían, perfeccionadas, las características de las dos razas, y a un perfil noble y aristocrático de marquesa, unía un cuerpo esbelto y ágil de montañesa, que mantenía erguido con orgullo instintivo, atávico, como aquel de que, al decir las crónicas, hicieron gala nuestros abuelos, bajo la majestuosa policromía de sus coronas de plumas. Don Próspero, su padre, se había labrado una enorme fortuna rápidamente, y en Tina se manifestaba aquella insolencia agresiva de las personas que cambian de posición pecuniaria de la noche a la mañana, sin estar preparados para el cambio, y que denota siempre un desequilibrio notable entre el rango social y la cultura intelectual.

Tres o cuatro años en colegios de los Estados Unidos y de

Europa le habían dado cierto barniz espiritual, que a poco de profundizarse, quedaba al descubierto lamentablemente, y luego algunos viajes de recreo por las principales ciudades del Viejo Mundo completaron su educación y le dieron aquel aire distinguido que le daba prestigio a sus sombreros y sus trajes, y que la hacía pasar por una reina de belleza y elegancia. Y así era como Tina, sosa y trivial como muchas de nuestras mujeres, fundada en sus millones, tenía terribles altiveces que habían puesto en torno de ella un círculo agresivo que nadie se atrevía a franquear.

—Casarme yo con un panameño. . . decía Tina lastimosamente.

Aunque se hundiera el mundo y no quedaran más que panameños. . .

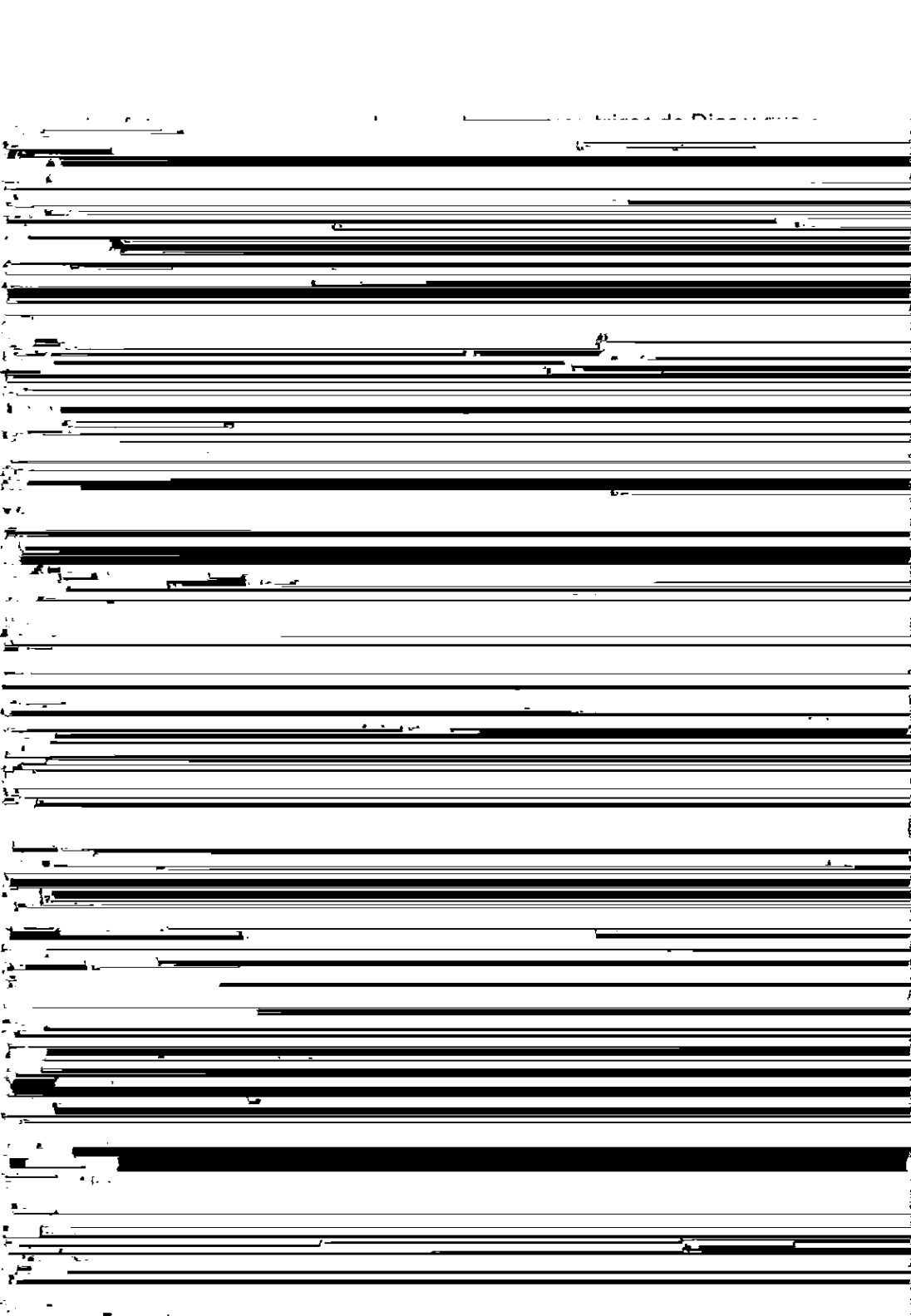
—Y algunos, los que andan siempre a caza de negocios, se mordían el bigote al verla y fingían a sus espaldas una mueca de impotente desdén, mientras al pasar se le humillaban ceremoniosamente; y los otros, los cuerdos, la veían con indiferencia, con una íntima sensación de lástima.

Cuando vió a Enrique de Picardelli a su lado, elegante, decididor, rico y guapo, sintió estremecerse su alma de júbilo con la perspectiva de triunfar definitivamente y darse un marido de cuento de Hadas. Y se entregó a él en cuerpo y alma, más que por amor a Enrique, porque Tina era incapaz de amar y viéndose mimada y adulada, por hacer rabiar a sus paisanos, dándole a un extranjero la gloria de su belleza y la música, la divina música de sus millones. Y su matrimonio debía verificarse ya dentro de pocos días.

Y francamente Tina era la envidia de todas las mamás y de todas las niñas en estado de merecer, porque Enrique de Picardelli era cada día más indispensable, más popular por su gentileza, por su amabilidad, por todo. . . Y el bueno de Don Próspero era, naturalmente, el primero en reconocer y alabar todas las cualidades de su futuro yerno, y había depositado en él toda su confianza y todos sus sueños para el porvenir.

De pronto una bocina de automóvil sonó en el silencio y Tina se incorporó de la cómoda silla de mimbre donde estaba tendida leyendo y dejó sobre un velador una novela de Carlota Braemé, su autora favorita: Enrique venía por ella para dar su acostumbrado paseo vespertino en automóvil.

Al principio algunos envidiosos se habían escandalizado de que



XVI

Raf se hacía la corbata cuando unos golpecitos dados a la puerta, la interrumpieron en su tarea.

—Adelante.

—Aquí estoy yo. Y **Candelilla** quedó cuadrado en mitad de la habitación.

—Hola, granujilla, ¿eres tú?

—No, soy mi hermano.

—Si sigues con atrevimientos, se acaban los diez rúcanos, sabes?

—No, hombre, usted no sabe de **chisterías**.

—Bien: ¿a qué horas te acuestas tú?

—Upa. . . cuando hay Luna a la una o las dos.

—Y qué haces en la calle hasta tan tarde?

—Voy al cinematógrafo y después nos vamos a bañar a Paitilla.

—Y todavía no te ha comido un tiburón?

—Sí, ayer. Y **Candelilla** rió descaradamente.

Raf se mordió el bigote de impaciencia, pero sonrió después. Era así, inteligente y atrevido, como necesitaba un muchacho.

—Buenos, le dijo, vete a buscar tu bicicleta y te vas a la plaza de la Catedral, que allí te esperaré. Y salió, escaleras abajo, seguido por el golfillo, que una vez en la calle partió a carrera tendida.

—Diez minutos después Raf y **Candelilla** se encontraban en el Parque de la Catedral, frente al Palacio de la Municipalidad.

—Presente, Capitán, dijo el chiquillo, echando pie a tierra.

—Fíjate bien en lo que voy a decirte, porque si te equivocas pierdes el camarón. . .

—Estoy oyendo.

—Bueno: frente al Obispado hay un automóvil. Tú lo vas a seguir y te fijas bien a dónde va desde ahora hasta las once de la noche. . . Pero que nadie se fije en que tú vas detrás porque entonces toda la combinación que tengo me la vas a dañar, ah?

—Es cuestión de mujer, no es verdad?

—A tí qué te importa. . . Haz eso que te digo, y me buscas después por el Parque de Santa Ana.

—Bueno, adiós.

—Hasta luego. . . Pero mira. . . Y Raf le mostró desde lejos una monedita de cinco dólares.

—Esos son míos. . .gritó Candelilla, mientras se alejaba en su bicicleta.

Al volver la cara Raf se encontró frente al doctor Joaquín Arias.

—Qué haces **viejito**: estás corrompiendo menores?. . .

—Ese?. . . Ese es más corrido que tú y que yo, hombre.

—No me digas. . .

—Como lo oyes. Es un granuja inteligentísimo.

—Buenas noches, saludó Joaquín con fingida seriedad.

—Quién es esa muchacha tan bonita, chico?

—Una morena picante con quien bailé en Taboga el sábado.

—Es bonita esa muchacha. . .

—Amigo, como que yo le estoy pidiendo a todos los santos que se le piquen los dientes o que siquiera le dé un dolor de muela, para que vaya a hacerme una visita. . .

—Pero, hombre, qué manera de querer tienes tú.

—Ay, **viejito**, es que a estos clientes así se les trata con más consideración.

—Y cómo va ese negocio, caballero joven?

—Ahí, medio medio, como cuando usted era pobre.

—Hasta automóvil has comprado, vagabundo.

—Hay que ser hombre de figura, amigo.

Y diciendo ésto Joaquín se descubre y corre a saludar a una gringuita rubia e insinuante que pasa con su probable marido.

Hace tres o cuatro genuflexiones inglesas y se despide y vuelve a reunirse conmigo.

—Qué te parezco?

—Un farsante. . .Y quién es ella?

—Una amiguita, una amiguita nada más. . .No hay nada de particular. Y sonrió con esa risa suya que es una ventana abierta a todas las suposiciones.

—Bien, Joaco, me marchó.

—No quiere usted venir conmigo a un **bailoteo** que tenemos?

—No, estoy ocupado.. .

—Adiós, pues.

—Adiós.

Raf estaba impaciente y se dirigió hacia Santa Ana. Las nueve de la noche eran apenas, y tenía que esperar hasta las doce para poder ver a Francesca, la encantadora italianita que lo había citado la víspera. Recordó que no hay tiempo que pase más rápidamente que el que se emplea en jugar billar, probablemente porque es tiempo que se cuenta por plata, y subió al Centro Español. No había nadie y pidió las bolas para entretenerse. Después de veinte minutos dejó el taco y bajó hacia el Parque. En un grupo se discutía acaloradamente y al ver llegar a Raf alguien dijo:

—Ahí viene Raf. . . Vamos a ver qué opina él.

—Aquí Ramón Gamboa opina que debe formarse un partido político de los jóvenes, y unos dicen que la idea cuajaría y otros que no, porque aquí todo el mundo es servil.

—Sí, eso es. Qué opinas tú?

—Hombre, yo no creo que aquí todos seamos serviles. Creo que hay mucho canalla, pero generalmente no están entre los jóvenes, sino entre los viejos políticos.

—Ya estás viendo, animal. . .

—Cállate la boca y deja hablar al otro, hombre.

—Yo creo que Ramón Gamboa tiene razón, y el día que los jóvenes nos convenzamos de que en nuestras manos está la suerte de los dos viejos partidos políticos, ya corrompidos, otro gallo nos cantará y otra será la manera como nos tratarán esos señores que hoy creen tener un criado en cada uno de nosotros. . .

—Eso era lo que decía yo, gritó uno.

—Eso no podrá suceder nunca, dijo otro.

—Fíjense, continuó Raf, en lo expresivo que es el que en cada campaña política las víctimas que quedan siempre son muchachos generosos y entusiastas a quienes seducen los viejos políticos para que sirvan a sus intereses personales. . . Y ellos, los viejos, después se las arreglan porque tienen intereses comunes, negocios. . . y nosotros que creímos defender una causa llena de justicia, nos vemos hundidos, perseguidos, o, lo menos malo, olvidados. . .

—Eso no es verdad, porque. . .

—Pero si nada más hay que volver la vista atrás y ver bien para convencerse.

—Sí, es verdad, sí, es verdad.

—No es cierto, y usted no sabe nada de política; usted es un poeta! . . .

—Sí, señor, yo soy un poeta. Y qué cosa es usted?

—Dígame qué cosa es usted, porque ni yo ni nadie lo sabemos. . .

— . . .

—Usted es uno de tantos desgraciados como hay en este país, llenos de atrevimientos y de pretensiones, y que trabajan, comen y duermen estúpidamente, que es lo mismo que hacía la histórica mula del señor Recuero o cualquiera otra mula más moderna.

La risa fue general y el agraviado se enfadó.

—Sí, continuó Raf, es preciso ya que cada cual comience a ocupar el lugar que le corresponde y que termine esta anarquía social.

Candelilla llegó en ese momento todo alborozado y llamó a Raf.

—Qué hubo de mi comisión?

—Ya está, ya sé todas las partes donde fué el tipo ese.

—Y no se te perdió un momento?

—Qué va, hombre, y eso que se las tira de bellaco. . .

—Bien, deja la bicicleta en tu casa y regresa, que yo te espero aquí.

Cinco minutos después el chiquillo se reunió con Raf que se había sentado en una de las bancas situadas al lado de la Iglesia.

—Le digo que ese hombre es bellaco, señor Raf.

—Cuéntame para ver si es cierto, no vayas a estar engañándome.

—Engañándolo? . . . Si quiere ahora mismo vamos.

—Ya iremos más tarde. Ahora cuéntame lo que has visto.

Entusiasmado por el éxito que creía haber alcanzado, **Candelilla** estaba radiante de felicidad. Bueno, dijo, ahora verá usted, y se frotó las manos de gusto. Yo me puse a dar vueltas por el Parque de la Catedral y cuando ví que el automóvil se fué, salí detrás de él; pero ese chauffeur es el diablo y casi se me va. La suerte fue que en

Santa Ana había un enredo de coches y allí lo tranquilé. Entonces sí lo seguí cerca y fuimos por la Avenida Central hasta la subida del cerro, torcimos por el Boulevard Ancón para el lado del Instituto y el automóvil se paró en una casita chiquita de balcón, que solo tiene una puerta arriba. El tipo bajó y habló con el chauffeur y el automóvil se fue por el camino del Ganado y yo me fui detrás. Por lado de Baila Monas se paró en una fonda de italianos y el chauffeur bajó, se sentó en una mesa donde había otros tipos, se bebió una cerveza y salió; pero no subió al automóvil que había traído, sino que dejó ese y se trajo otro que había ahí. Yo salí detrás del automóvil, que se regresó por el camino del Ganado y se paró otra vez en la casita. Entonces el tipo que había venido antes salió con una mujer y los dos subieron al automóvil y se fueron; pero le digo, señor Raf, que cuando salió con la mujer, el tipo tenía barba y se había puesto un abrigo largo. El automóvil bajó por esa calle que sale al Parque Albán, subió por el Puente y se fue como para la Sabana; pero dió la vuelta por Bella Vista y se paró en una Quinta muy bonita que tiene un jardín por delante. Cuando entraron, encendieron las luces de adentro y empezaron a tocar piano y a cantar. El automóvil entonces se fue otra vez por los lados de Baila Monas y trajo tres tipos que estaban en la fonda italiana y yo me vine y los dejé a todos allí. .

Raf no creía en su felicidad.

--Pero, cómo hiciste tú para que no te dejara atrás el automóvil? . . .

--Usted cree que yo soy zoquete?. . . Cuando yo veía que iba a entrar en camino limpio, me agarraba del guardafango del automóvil y él mismo me llevaba.

--Y estás seguro que el individuo que salió con la mujer de la casita era el mismo que salió de la Catedral en automóvil?

--El mismo. . . Se las quiso tirar de bellaco, pero yo me fijé que tenía los mismos zapatos con caña blanca, y, además, cuando salió cerró la puerta con llave.

--Toma, le dijo Raf, te has ganado tus diez pesos muy bien ganados. Y le dio una moneda de cinco dólares ante la cual se iluminaron los ojos traviosos de **Candelilla**.

--Ahora, continuó Raf, vamos a tomar un coche para que me enseñes los lugares donde estuvo el tipo y la Quinta donde lo dejaste con la mujer. Y en el Metropole tomaron uno de los coches cubiertos de la parada y salieron, camino del Instituto, a cuyas inmediateces quedaba la casita de que hablara **Candelilla** en su relato.

A los cinco minutos de excursión, el chiquillo mostró a Raf una pequeña casa de madera, situada en la continuación del antiguo Camino del Ganado, frente al edificio que ocupó el Café Ancón. No tenía nada de particular y parecía estar sola en aquel momento. Raf indicó al cochero seguir hacia Bella Vista, y a poco rato a indicaciones de Candelilla, el coche paraba frente a una hermosa Quinta, profusamente iluminada. Un automóvil estaba a la puerta, y en el interior un piano acompañaba a una hermosa voz de contralto que cantaba la Tosca. Raf se estremeció. Conocía aquella voz llena de ternuras y de pasión que en la quieta noche sollozaba quién sabe qué torturas que se avenían con las dramáticas frases del maestro italiano. Tuvo deseos de entrar, de convencerse de si era efectivamente Magdalena aquella mujer que cantaba, y abrazarla a despecho de todo el mundo y reanudar aquel idilio roto tan intempestivamente; pero se contuvo.

A lo lejos un alto campanario sonó doce campanadas y Raf se acordó de que tenía una cita con Francesca, la misteriosa camarera de la Fonda de los cocheros. . .

XVII

--Oh, si supieran que usted está en mis habitaciones. . .

--No pasaría nada, créeme.

--Usted no se imagina el gran peligro que corremos. . .

Usted no puede imaginarse todo. . .

--Te daría miedo morir?

--Morir? no; me daría miedo saber que he de vivir mucho tiempo más muriendo poco a poco.

Los ojos de Francesca estaban ligeramente húmedos y Raf había aprisionado entre las suyas una de las bellas manos de la joven.

--Y piensas que me quieres, Francesca?

--No sé; me da miedo pensar lo que sucedería. Y la joven bajó los ojos, mientras una lágrima tembló en sus negras pestañas.

--Anoche, continuó, he soñado con usted. . . Yo estaba en el campo, atada a un árbol, y una víbora negra y horrorosa se encaminaba hacia mí. Hice esfuerzos desesperados por libertarme, pero todo fue inútil. Y la víbora avanzaba lentamente, como para prolongar mi tortura y parecía sonreír con sus ojillos chispeantes y con su horrible

boca negra. De pronto, cuando ya el animal estaba sólo a un palmo de mis pies, usted salió de entre las hojas y aplastó con su bota la repugnante cabeza del reptil, y me libertó y juntos nos fuimos a través de los campos llenos de un perfumado viento de Primaveras. Súbitamente usted se detuvo en el camino y me preguntó lo mismo que ahora: Y piensas que me quieres, Francesca? Yo me estremecí y desperté sin haber podido contestar.

—Pero contestarás ahora, y es lo mismo.

—Oh, tendría usted que saber muchas cosas antes. . .

muchas cosas que lo harán mirarme con asco, con repulsión. . . Y bajó la cabeza, escondió la frente entre las manos de Raf y sollozó amargamente.

—Pero tontina, si te he dicho ayer que en mí tienes un amigo, un hermano. Además, qué cosas horribles puedes haber hecho tú?. . . No ves que a través de tus ojos se te adivina el fondo del alma?

Los sollozos de Francesca se repitieron más fuerte, pero entonces fueron de agradecimiento, de alegría de verse comprendida.

—Yo sabía que usted era bueno; pero no creía que pudiera penetrar hasta el fondo de mi ser. . .

—Pero si no se necesita mucha sabiduría para eso. . .No ves que tu cara está diciendo que eres incapaz de hacer mal. . .

—Y si supiera que lo he hecho, inconscientemente unas veces y obligada otras. . .

—Entonces tú no tienes la culpa, sino los que te llevaron a hacer el mal. . .

—Pero de todas maneras yo he sido mala. . . Si supiera usted lo que he sufrido. . . Yo quiero contarle a usted todo, todo. . .para que me desprecie o para que me perdone y me tenga lástima si después de conocer mi historia ya no merezco el cariño que hoy me profesa. Y Francesca hablaba dolorosamente, cortadas las frases por los sollozos.

—De antemano te diré que he de quererte mas mientras más hayas sufrido.

—Oh, pero yo he tenido un poco de culpa, porque he preferido vivir así antes que darme la muerte. . .

Raf le besó las manos aristocráticas alentándola, y Francesca continuó:

—Hace apenas dos años, y un siglo me parece que ha transcurrido desde entonces. Yo conocí a Leonardo de Ricci en Florencia. Lo veía de tarde en tarde, en los paseos, en la Iglesia. Me atraían su rostro lleno de dulzura y su porte elegante y distinguido. Empezamos a escribirnos cartas triviales que depositábamos y recogíamos en el correo. Cuando mis padres resolvieron mi regreso a la Argentina, mis ojos se llenaron de lágrimas al pensar en que debía separarme de Leonardo y en que no habría de verlo nunca más. Le escribí diciéndole mi pena y él me consoló contestándome que también iría a la Argentina para no separarse de mí. Hicimos el viaje juntos y en el vapor nuestro cariño se hizo más hondo. Al llegar a Buenos Aires seguimos viéndonos y comunicándonos de tarde en tarde sin que mis padres se enteraran de aquellos amores míos. Un día Leonardo conoció a mi hermano en un Club de Buenos Aires e intimaron de tal modo que siempre andaban juntos a pie o en el automóvil de alguno de los dos. Así pudo entrar a mi casa y hacerme la corte discretamente, sin que nadie sospechara de nuestro antiguo conocimiento. Mi padre mismo veía con buenos ojos lo que él juzgaba una naciente simpatía de ambos. En una ocasión paseábamos por la orilla del mar en Mar del Plata. De pronto un hermoso perro que jugaba ladró a mi lado, y yo, sobrecogida por lo imprevisto del ladrido, grité. Después sonreí, burlándome de mi nerviosismo, y busqué los ojos de Leonardo; pero él se había avalanzado al pobre animal, lo había sujetado por la garganta y apretó, apretó furiosamente hasta extrangularlo entre sus propias manos. La impresión mía fue inmensa y hoy mismo, al recordar aquella horrible escena y la cara de locura de Leonardo, me dan extraños escalofríos. Desde ese día, el cariño que yo le tuve se trocó en un miedo que me hacía esquivar su presencia. El lo notó y su amor pareció avivarse con mi desvío. Pero un día mi padre supo que mi hermano Ludovico había perdido en el juego grandes cantidades de dinero y que tenía su nombre empeñado, que Leonardo era un gran jugador cuya continua suerte tenía asombrado al Buenos Aires de los Clubs y de los Casinos, que nadie lo conocía ni se sabía de dónde había salido, y lo echó de la casa violentamente.

Francesca suspiró y buscó los ojos de Raf, que, tomando entre sus manos la cabeza de la joven, la besó en la frente. Y Francesca continuó:

—Yo solía ir los jueves a uno de los mejores salones de cinematógrafo de Buenos Aires, acompañada de mi institutriz. Y una tarde al subir a nuestro automóvil para regresar a casa mientras yo subía al coche un mendigo se acercó a mi institutriz, que se detuvo para darle una limosna. El auto arrancó, llevándome sólo a mí. En una casita de los alrededores de la ciudad el automóvil se detuvo y Leonardo salió a recibirme. Ni suplicas ni lágrimas valieron para ablandar el corazón de ese hombre, que desde entonces, me hace mover como un autómeta. . .

La joven sollozaba con la cabeza reclinada sobre el hombro de Raf, y, como si hablara dormida, continuó:

—Me ha llevado por España, Francia, Inglaterra, Estados Unidos, haciéndome pasar en unas partes por su hermana, en otras por su esposa o su querida, viviendo unas veces en fastuosos hoteles y otras en formas oscuras y miserables, haciéndome colaboradora inconsciente de todas sus maldades y de todos sus crímenes. . . Mi pobre hermano quiso arrancarme de las garras de Leonardo y murió misteriosamente asesinado en París. Leonardo mismo me dio varios periódicos que registraban el hecho, y al dárme los sonrió indicándome que yo podría correr la misma suerte en no lejano tiempo.

Raf había contraído el ceño, reconcentrando todos sus pensamientos y todas sus ideas. Nerviosamente, inconscientemente, apretó un brazo a Francesca, que levantó el rostro sorprendida.

—Ya ve usted, amigo mío —clamó sollozando— que ahora que conoce toda la verdad me desprecia. . .

—No, Francesca de mi vida, no. . . Pienso que es horrible todo lo que ese hombre ha hecho y todo lo que pretende hacer, y que es necesario impedirlo, que es preciso cortarle las garras y echarlo en un presidio como se echa una fiera dentro de una jaula.

—Y él, Leonardo, dónde está? —se preguntó Francesca—. No lo he visto desde New York y pensé que estaría lejos. Su amigo de confianza trabaja en Colón y sus compañeros hablan de ellos a menudo y echan planes sobre un buen negocio que está a punto de realizarse. . .

—Y que yo puedo desbaratarles —dijo Raf enérgicamente, poniéndose en pie.

—Por Dios, amigo mío, tenga usted cuidado. Su vida está

pendiente de un hilo. . .

—No importa, no importa nada.

—Si no por usted. . . hágalo por mí, amigo mío —sollozó Francesca.

—El rostro de Raf se dulcificó.

—Tienes razón, nena mía; mi vida te pertenece desde hoy; pero por ahora no temas. . . Necesito antes libertarte y cuando seas libre te pondré mi vida a los pies para si tú la quieres recoger y no dejarla nunca más. . .

Los jóvenes se miraron frente a frente y se unieron en un estrecho abrazo.

—Bien, Francesca, hasta la vista. No sé si venga mañana o pasado; pero vendré. No tengas miedo por mí.

—Cuidado, amigo mío, cuidado.

—Dices que se llama Leonardo de Ricci?

—Sí.

—Bien, adiós.

—Hasta pronto. . .

XX

—Presente, alto, sin novedad. . .

—Ola, Capitán **Candelilla**. . .Lo he mandado a buscar porque lo necesito. Veremos si es verdad que es usted un hombre listo.

—Veremos, pues. Y de qué se trata?

—Es muy sencillo: que me averigüe usted si la quinta donde estuvimos anoche tiene entradas por el patio, y cómo se puede llegar hasta la sala o el comedor sin entrar por la puerta de la calle. Se atreve usted?

—Claro, hombre; ahora mismo voy.

—Le advierto que se necesita mucho cuidado, para que no descubran que usted anda en esas cosas, eh?

—Sí, yo tendré cuidado.

—A qué horas, pues, lo espero a usted?

- A las cinco de la tarde estoy aquí
—Bien, tome usted un anticipo para cigarrillos.
Y Raf dio al chiquillo una moneda de a peso.
—Gracias, y adiós.
—Hasta luego, Capitán; y no faltar, eh?
—No hay cuidado.

Y Candelilla salió escaleras abajo, convendido de su papel de hombre de importancia.

Todo va como sobre carriles —pensó Raf—. Ahora necesito hablar con Pretelt para que juntos vayamos al correo a atar el último hilo de esta tela de araña donde va a quedar un águila alpina. Y tomando su sombrero salió, camino de la Policía.

Al llegar al Cuartel de Policía Raf notó un poco de movimiento. En la Guardia había muchas personas y se oían voces.

—Qué tal, General Varón? —saludó Raf—. Qué sucede en su jaula?

—Nada, tonterías. A un reportero del DIARIO que le han puesto un ojo como huevo frito de casa de la Peruana.

—Y quién es él: Pedro Fuenmayor?

—No: Mariano Soto.

—Y por un ojo de Mariano Soto se arma tanto escándalo?

—Es lo que yo digo.

—Y qué es de Pretelt, se le puede ver. . . ?

—Para usted siempre estamos visibles todos.

—Gracias, General; usted se renueva en galanterías a cada momento.

—No creas, hombre; esto sólo es contigo. Ven, vamos donde Leonidas.

—El Señor Raf, Comandante —anunció Varón

—Ola, viejísimo, qué te trae por aquí? Arreglaste todo ya?

—A eso vengo, a que acabemos de arreglarlo. Falta lo último, lo más preciso. Tengo los hilos de todos los robos cometidos últimamente y de otros que se van a cometer y quiero que cojamos a los ladrones reunidos, con todas las pruebas del caso, lo cual ya es muy sencillo pues sé donde se reúnen.

—Y qué cosa deseas entonces?

—Que vayamos al correo a interceptar la correspondencia de Leonardo de Ricci, donde debemos hallar la fecha en que habremos de encontrarlos reunidos.

—Y es cosa urgente?

—Es mejor no perder un momento porque podría írsenos una buena oportunidad.

—Bien, vamos.

Y los dos amigos salieron del despacho de la Comandancia.

Enterado don Enrique Lewis del objeto de la visita del Comandante Pretelt, les dio toda clase de facilidades para que pudieran llevar a feliz término sus averiguaciones.

Había precisamente una carta dirigida a Leonardo de Ricci desde New York, y otra de Colón, ambas acabadas de llegar. Quizás para no despertar sospechas las cartas venían en sobres comunes, sin lacre ni nada que pudiera llamar la atención sobre ellas. La apertura de los sobres fué, pues, tarea sencillísima.

La carta de New York decía lacónicamente:

Tengo todo perfectamente arreglado, de modo que usted puede llegar en el momento en que lo desee. Si siempre ha quedado usted satisfecho de mí, creo que esta vez no tendrá por qué quejarse. No sólo dos personas podríamos alojar allí, sino un ejército que nadie encontraría nunca más.

Espero, no obstante, que me avisará usted la salida por cable para arreglar detalles y para esperarlo en el muelle.

Afectísimo amigo,
Dick.

La de Colón era explícita y dejó colmadas todas las esperanzas de Raf:

Querido Leonardo:

Supe el feliz resultado del asunto de E. . Trabajo me costó hacer quedar al viejo aquella noche en esta ciudad; pero yo le pinté el negocio con pinceladas de rosa y le indiqué la necesidad de quedar definitivamente arreglados.

He podido al fin arreglar el viaje a New York y pienso salir el lunes, si tú no dispones otra cosa. Tenemos un fondo de cuatro mil dólares, porque logré colocar nuestra mercancía para Colombia y Nicaragua con veinte por ciento de descuento, y como urgía salir de ella, coloqué lo que me quedaba aquí al cincuenta por ciento.

Le mandé a Francisco algunos instrumentos que necesitaba para arreglar el asunto que tú planeaste de la Avenida Central y me ha dicho que el sábado en las primeras horas de la noche lo dejará terminado. Así, pues, podemos tener una reunión esa noche a las 12,

en el lugar de costumbre.

Has resuelto, por fin, qué hacemos con Francesca, y con la otra? Ambas nos son peligrosas e inútiles aquí, sobre todo, la última. Piensa si será mejor que se marchen conmigo el lunes.

Hasta el sábado en la noche, pues, se despide de tí tu amigo,

Rull"

—Bien, dijo Raf, ahora conviene cerrar ésto y darle curso. Ya ves, Leoni, que apenas había el tiempo preciso?

—Y dónde diablos es que se reúnen esos tipos?

—En Bella Vista, en una Quinta muy bonita. Mañana por la noche la conoceremos interiormente.

—Muchas gracias, don Enrique, por todas sus amabilidades.

Y los dos amigos salieron de la Administración General de Correos.

Ya en la Calle Raf dijo:

—Es bueno que nos veamos en el baile de mañana, con eso nadie sospechará nada.

—Entonces nos veremos allí a las once y media, británicamente hablando.

—Sí, hasta mañana.

—Adiós.

XX

—Vamos a ver, caballero **Candelilla**, qué noticias me trae usted.

—Muchas; pero antes quiero que me dé un cigarrillo para hacerle una prueba.

—Cómo, fuma usted ya?

—No, señor; le he dicho que es para hacer una prueba.

—Buen granuja está tú, dijo Raf, dándole el cigarrillo.

Candelilla sacó fósforos, encendió el cigarrillo, aspiró el humo y dijo:

—Fui al monte, corté leña y por más señas, aquí traigo el humo. Y mientras echaba el humo por la nariz y boca, puso una carta en manos de Raf, que sorprendido, razgó el sobre y se encontró con la firma de Magdalena.

—Pero qué has hecho tú, muchacho, exclamó Raf casi colérico.

—No se caliente, viejo, contestó impertérrito **Candelilla**; ya verá usted que soy hombre de figura.

—Pero cómo está esta carta en tus manos?

Ahora le voy a explicar eso. Yo me fui por ahí esta mañana y vi el patio de la casa. Entonces vine y busqué dos **Bimbines** que yo tengo y me metí al patio de la casa dizque cogiendo pájaros. Cuando yo veía que el pájaro se iba acercando a la jaula me acercaba y el pájaro se iba, y así estuve hasta que me fijé en toda la casa.

—Pero si por ahí ya no hay pájaros, hombre.

—No le he dicho que yo tengo dos. Solté el macho y no hizo más que volar alrededor de la jaula hasta que entró.

—Y por qué escogiste el macho?

—Porque si suelto la hembra se hubiera ido muy fresca a buscar otro macho nuevo.

Raf sonrió ante las profundas observaciones de psicología pajaril que tenía hechas su ayudante, que continuó:

De pronto salió una señora muy bonita, que se sonreía de verme la cara que yo ponía cuando el pájaro se acercaba y cuando vio que el pájaro cayó, empezó a palmotear y me llamó. Me preguntó cómo me llamaba y se rió cuando le dije que me decían **Candelilla**, y entonces me preguntó si lo conocía a usted. Yo le dije que no, pero ella me dio todas las señas y yo le dije que lo buscaría. Entonces me dijo que me esperara, que me iba a dar una carta, y mientras ella estuvo por adentro yo examiné una puertecita que hay en el patio y que da a la parte de adentro y la cerré con llave, y aquí la traigo. Y **Candelilla** puso so-

bre la mesa una llave.

—Eres un bravo hombre, **Candelilla**, y desde hoy te asciendo a Comandante. Toma mientras tanto; y le dio un peso.

—Cero y van tres hoy.

—Cómo así?

—Uno que me dio usted esta mañana, o tro que me dio la hembra esa para que le trajera la carta y otro que me da usted ahora, son tres, si la tabla de sumar no está equivocada.

—Ya ves, pues, cómo hay que ser inteligente, eh.

—Y usted sabe que siempre estoy a la orden.

—Bueno, mañana por la noche te vienes a dormir aquí, sabes?

—Perfectamente.

—Vete, pues, y hasta mañana.

—Adiós.

XXI

El domicilio del Círculo Comercial estaba aquella noche radiante de luces y de alegría. Y cómo no, si se daba un baile de despedida a Tina de Albarrán, la bella hija de don Próspero, el acaudalado Presidente de la Asociación?

A lo largo de las amplias, escaleras ricamente alfombradas, las guirnaldas de flores se enroscaban a las barandas y a las columnas, y aquí y allí, asomaba por entre las hojas la pupila sangrienta de alguna pequeña bombilla eléctrica, semejante a un clavel que se encendiera de pasión ante la seda de tanto cuello grácil, ante el terciopelo de tanto rico pecho moreno como dejaba al descubierto la aristocrática indiscreción de los escotes.

El piafar de los caballos se entremezclaba al resoplar de los automóviles, que en un desfile variado e interminable se detenían a la entrada del club para depositar suavemente su bella y perfumada carga

de mujeres, rubias y morenas que al descender dejaban, diabólica y coquetamente, asomar de entre la crujiente seda de sus albos trajes y el prodigio de una ebúrnea pantorrilla, terminada finamente por la olímpica gracia única de un levísimo pie americano.

Arriba, el aspecto de los salones era deslumbrador. Entre el crujir de las sedas y el gemir de algún violín, se oía de vez en vez la cristalina perlería de una jovial risa de mujer, y como el espíritu se despierta y se alegra entre un ambiente de luz y de perfume, hasta alguna exótica genialidad cruzaba a veces como un cohete sobre el murmullo galante de los salones.

Tina de Albarrán era aquella noche, más que nunca la reina de la fiesta. Un bellissimo traje de seda lacre, adornado con ricos encajes negros, realizaba la palidez morena de sus hombros esbeltos y la morbidez de su firme busto de Diana, y la arropaba, ciñéndola toda, envolviendo su cuerpo serpentino y elástico en una llama oscura que la lamía, dibujándola impecable, intacta, a los ojos ávidos del sexo masculino. Enrique de Picardelli, no la dejaba un momento, y era envidia de niñas casaderas y de mamás amorosas, aquella hermosa pareja de jóvenes ricos, vigorosos y bellos que iban a entrar en breve plazo por las divinas puertas del amor.

Ingénitamente orgullosa Tina, en aquella noche en que ya palpaba su triunfo, hacía gala de una altanería agresiva que en los hombres alejaba la idea de futuras posibilidades y en las mujeres ponía murmuraciones que las más de las veces acababan ahogadas por un suspiro de impotencia que salía indiscretamente a flor de boca.

Cuando del brazo de Enrique Tina pasó al lado de Enriqueta de Sandoval, su sonrisa fue cortante como un látigazo y su mirada para Enrique acariciante como un beso. Y Enrique sonrió triunfalmente y no faltó quien, al corriente de ciertas hablillas, se mordiese el bigote de envidia, ante la suerte del gallardo y pulcro extranjero.

Raf y Leonidas hablaban, sentados en torno de una las mesitas que ocupaban el amplio terrado del Círculo, a cuyo frente el hermoso panorama de la ciudad iluminada se copiaba sobre las aguas de la mar, dormida aquella noche lunar como una laguna. Dos señoritas frescas y rientes pasaron, saludando gentilmente. De pronto una de ellas se devolvió, arrastrando a la otra.

--Buenas noches, caballeros.

—Buenas noches, señoritas. respondieron ellos, poniéndose en pie.

—Señor Raf; usted perdonará que le moleste, pero mi amiga Valentina me ha hecho una pregunta que usted puede contestarme porque es escritor.

—Usted dirá, señorita.

—Dice Valentina que por qué aquí no hay, como en La Habana y en San José cronistas sociales?

—Que por qué aquí no hay cronistas sociales. . . . y Raf sonrió irónicamente.

—Sí; ¿y por qué sonríe usted así?

—Por nada, señorita, por nada. . . .

—Bien, pues dígame por qué no hay cronistas sociales aquí?. . .

—Porque para que haya cronistas sociales se necesita que haya primero sociedad, y aquí no la hay. . . .

—Que aquí no hay sociedad, dice usted?

—No, señorita; aquí hay grupos de familia, de parientes, que forman un círculo para divertirse y nada más; pero no una sociedad constituida como la de todas las ciudades del mundo. Además, aquí no puede haber cronistas sociales todavía porque aún no hemos alcanzado la cultura que se necesita para comprender la importancia del periodismo. . . .

—Entonces usted cree que en La Habana y en San José nos llevan la delantera?

—Si ha de juzgarse por eso, sí, señorita.

—Vea usted a Valentina cómo se ha alegrado al decir usted eso.

—Es la verdad, señorita.

—Los dejamos, pues, solos de nuevo, y perdonen nuestra impertinencia.

—Siempre a sus órdenes, Lolita.

—Adiós.

—Adiós.

Desde el lugar que ocupaban, los dos amigos podían perfectamente ver pasar las parejas que se deslizaban por el salón a los compases de un cadencioso y somnoliento vals alemán. Don Próspero pasó al lado de ellos.

—Qué hacen ustedes aquí, jóvenes. A bailar, a bailar que el tiempo pasa. . . .

—Y usted por qué no baila, don Próspero?

—Hijo, a mi edad ya sólo se baila en la lengua del prójimo. . . .

Antoñito Ramírez llegó fragante, empolvado y enmantecado. Qué tal eh? Qué tal? dijo con su voz de tiple. —Ustedes siempre al lado de la comida, eh? Picarones. . .

—Y desde aquí le están “tomando el panegírico” a las muchachas, eh? continuó.

—Sí, hombre, sí; veíamos a Julia, tu novia.

—Mi novia, eh? . . . Sí, pero eso es “un hipótesis”, eh? Y se largó tan satisfecho.

—Qué antipático es este mozo, dijo Leonidas.

—No, hombre, a mí me resulta divertidísimo. Eso de que él mismo no se haya dado cuenta de lo imbécil y de lo infeliz que es, lo convierte en un tipo encantador.

—Pues yo de buena gana le mandaré a dar reajo.

—Entonces lo echabas a perder. Mira. . . . Parece que Enrique se despidiera de Tina ya.

—Sí, parece que se marcha.

Los dos jóvenes se habían perdido entre las personas, rumbo hacia las escaleras del club.

Don Próspero llegó nuevamente, seguido de un camarero.

—Si no se les viene a buscar a ustedes, no se les encuentra. Aquí traigo unas copas de champaña para que las bebamos juntos.

—Y por qué se ha molestado usted, don Próspero?

—No es molestia, muchachos. . . . Un viejo siempre se siente rejuvenecido cuando bebe en compañía de unos pollos como ustedes. Ea, salud.

—Salud, don Próspero.

—Y ahora, perdónenme, que tengo que estar atendiendo a todos los amigos. Adiós. . . .

—Adiós, don Próspero.

—Pobre viejo, hombre. Yo tengo casi miedo.

—Y miedo por qué? dijo Leonidas.

—Es que el escándalo será terrible.

—Y a nosotros qué nos importa? Nosotros cumplimos con un deber, y peor sería que sucediera otra cosa.

—También es cierto.

—Bien, nos marchamos?

—Sí, vámonos.

Desde el balcón Leonidas y Raf vieron alejarse el automóvil que conducía a Enrique de Picardelli, mientras el reloj de la Iglesia Catedral desgranaba en el silencio el rosario de la media noche.

XXII

El General Varón, el Capitán Rivera, el Vigilante Villarreal y el insigne **Candelilla** estaban reunidos en la Comandancia de Policía.

—Ya vienen, dijo de pronto el chiquillo.

—Qué sabes tú, granuja.

—Ya vienen, le digo, afirmó **Candelilla**. Y un minuto después el automóvil que conducía a Leonidas y a Raf se detuvo frente al Cuartel.

—Están todos ahí? preguntó Leonidas a un Agente.

—Sí, señor; hace rato.

—Dígales que vengan.

Y los llamados salieron, seguidos del chiquillo.

—Traen las esposas?

—Sí, Comandante; las lleva el Vigilante Villarreal.

—Bien, suban a su automóvil. Tú, **Candelilla**, ven con nosotros. Y los autos, con la capota levantada, partieron hacia la Avenida Central, camino de la Sabana. Al llegar a Bella Vista los automóviles se detuvieron a indicaciones de **Candelilla**, y los ocupantes echaron pie a tierra.

—Por este callejón, indicó el chiquillo, es por donde salimos a un huerto que da al lado del patio de la Quinta; pero tenemos que meternos por entre los alambres.

—No importa, sigue.

El grupo seguía la sombra, solencioso. Cruzaron una cerca, dos, y por entre los árboles se vio la luz de las ventanas de la casa. Pasaron la última cerca de alambres encaramándose, agarrándose de los árboles y quedaron dentro del patio de la Quinta. La luna se había puesto, y la noche, llena de nubarrones, se había hecho oscura, casi lóbrega.

Candelilla fue comisionado para hacer una exploración desde un árbol que dominaba la habitación donde parecían estar reunidos los sujetos que buscaban. Fue cuestión de dos minutos la operación.

—Hay cuatro individuos, y tienen en la mesa unos fajos de billetes y sortijas y pulseras. . .

—Y dónde está la puertecita de que tú me hablaste?

—Vengan; por aquí.

En efecto, la puertecita se abrió para dar paso al grupo, precedido por **Candelilla**. El piano sonó en aquel momento, protegiendo la invasión, el allanamiento de la casa. Subieron una escalera que los llevó a un corredor donde se veía, entornada, una de las puertas de la habitación donde estaban reunidos los individuos. Leonidas indicó al Capitán Rivera la conveniencia de ocupar otra puerta cerrada que daba al pasillo y una de cristales que salía al balcón, por el lado del jardín. Una vez así distribuidos, Leonidas, Raf y Varón, se acercaron a la puerta hasta escuchar lo que los sujetos hablaban.

—No debes de recibir menos de diez mil dólares y haces el negocio inmediatamente que llegues, de modo que puedas esperarme en el muelle con el dinero, porque llegaré poco menos que sin un centavo, decía una voz.

—Quedándote con tres mil dólares? replicó otro.

—Y qué es eso cuando precisamente debo hacer ante mi suegro alarde de mi fortuna? Además, si se le ocurre demorar unos días más el viaje. . . .

—De manera, pues, que no habremos de vernos más hasta New York?

—Si; tu debes irte mañana temprano a Colón y yo no quiero moverme de Panamá un momento, dejando atrás a Francesa y a esta otra.

—Y a Enriqueta de Sandoval? . . rió el otro cínicamente.

—Oh, esa no hablará, porque no le conviene. . . .

Hubo una larga pausa que interrumpió una voz:

—Bien, me marcho.

—Un momento, dijo Leonidas entrando seguido de Raf y de Varón.

—Un tiro de revólver sonó y simultáneamente una voz gritó:

—Estúpido.

Era Enrique de Picardelli que sujetaba por la muñeca a un individuo en cuya diestra humeaba un revólver. Magdalena entró despa- vorida, y al darse cuenta de lo que pasaba y al ver a Raf, se arrojó llo- rando entre sus brazos.

Rojo de ira, pero haciendo alarde de una sangre fría inaudita, Pi- cardelli preguntó:

—Se puede saber a qué se debe esta violenta manera de entrar a una casa, Comandante Pretelt?

—Si el tiro que me acaba de hacer ese individuo no lo dijera to- do, nosotros tenemos otras razones.

—Pero no podría usted tener la amabilidad de decirme cuáles son?

—Es inútil seguir negando, señor Leonardo de Ricci, dijo Raf in- terviniendo.

Un estremecimiento de rabia agitó a Enrique, al oírse llamar por su verdadero nombre; pero a ambos lados de él estaban Rivera y Vi- llarreal, que habían entrado al ruido de la detonación, forzando la ce- rradura y rompiendo los cristales de las puertas que custodiaban.

—Venimos, continuó Raf, por la cartera de Raúl Espinosa; por lo que le quede de los billetes falsificados vendidos para Colombia y para Nicaragua; venimos por esas prendas que usted tiene ahí delan- te, y que son las de Enriqueta de Sandoval, y venimos, por último, por el raptor de Francesca de Castiglioni y por el asesino de su her- mano.

Enrique se mordió los labios de rabia y dijo, haciendo gala de un gran cinismo:

—He perdido la partida porque los juzgué a ustedes más estúpi- dos de lo que en realidad son. Y tomó su sombrero de copa, prepa- rándose a seguir para donde quisieran llevarlo.

—General Varón, dijo Leonidas; haga ponerles esposas a todos.

La operación quedó terminada en un momento y Leonidas re- cogió los billetes y las prendas esparcidas sobre la mesa, entre las cua- les había pulseras y relicarios con el monograma de Enriqueta de Sandoval. Después los presos se pusieron en marcha, precedidos por

Leonidas, Raf y Varón, y seguidos por Rivera, Villarreal y **Candeli-lla**, que se devanaba los sesos por explicarse bien todo aquello que había visto y en cuyo final había tomado tan directa intervención. Y los autos partieron, camino del Cuartel de Policía.

La noticia de la prisión de Enrique llegó al Círculo Comercial en alas de la brisa. Don Próspero dijo que era un abuso incalificable y que aplastaría con su pie poderoso a quien hubiera tenido la osadía de detener a su distinguido yerno en aquella noche, precisamente, y salió hacia la Comandancia, seguido de algunos amigos de Enrique; pero bien pronto regresaron mudos, cabisbajos, cada cual por su lado, y don Próspero se llevó a Tina que no se explicaba qué cosa sucedía, mientras los demás cargaban con sus familias. Un murmullo temeroso cruzaba por los salones un instante después y la fuga se inició al fin, vergonzosa y cobarde, porque nadie quería ya la responsabilidad de haber encumbrado a un individuo desconocido, sin más credenciales que el derrochar un dinero que nadie se tomó el trabajo de averiguar de dónde provenía.

XXIII

El escándalo provocado por la prisión de Enrique de Picardelli había sido enorme, colosal, aterrador. Jamás se había dado un caso tan inaudito de bochorno para una sociedad poco escrupulosa y mientras unos se habían recluso para evitar explicaciones, otros rajaban indignados contra quienes glorificaron a aquel aventurero que no trajo otras recomendaciones que un rostro sonrosado de muñeca y un pródigo bolsillo de jugador.

Tina y don Próspero habían salido escapados con rumbo a París, para huir del ridículo de su fracaso y de las sangrientas burlas de mujeres y hombres que tenían algún desaire que vengar o algún rencor que dejar satisfecho. Sólo Raf parecía imperturbable y en sus labios se había definido más claramente su eterna sonrisa de tranquilidad.

La noche de la prisión de Picardelli, una vez que los delincuentes estuvieron en manos de la justicia, él se encargó de Magdalena, y la acompañó de nuevo hasta el Hotel que antes ocupara y cuyas habitaciones no había dejado ella.

Una vez allí Raf pretextó ocupaciones urgentes relacionadas con la prisión de Enrique y corrió en busca de Francesca, cuyas gracias y

cuya ingenuidad le tenían lleno el pensamiento. En la seguridad del desenlace que habría de tener la aventura de esa noche, le había arreglado una casita encantadora, llena de enredaderas y de flores y que era como un dulce nido, propio para esconder el purísimo amor que Francesca le inspiraba, e iba en su busca para darle la nueva de su libertad y para saber de su boca y de sus ojos si una vez libre quería sacrificarle su libertad y darle su corazón. Y al llamar a la puerta de la fonda, cerrada a aquella hora de la noche, lo hizo con impaciencia.

Un hombre, que por las trazas debía ser el cocinero, vino a abrir. Apenas entreabrió la puerta, Raf empujó violentamente, precipitándose hacia las habitaciones de Francesca. La joven estaba aún despierta y abrió sobresaltada.

—Rafael. . . .

Francesca de mi vida. . . . Y se confundieron en un fuerte abrazo.

—Venía por ti, para no separarnos nunca. . . .

—Pero qué ha sucedido, Rafael, por Dios. . . .

—Nada, luego te diré. . . . Por ahora sólo importa saber si es cierto que me quieres.

—Y lo dudas todavía. . . .

—Entonces arréglate y ven conmigo. . . .

—Pero y Leonardo?. . . . Y sus amigos?. . . .

—Ya nunca más te molestarán. . . . Están donde deberían estar desde hace tiempo, Francesca mía. . . . Ya eres libre.

—Gracias, Rafael, gracias.

Y los dos jóvenes se confundieron de nuevo en un estrecho abrazo, mientras Francesca sollozaba de emoción, de alegría.

—Pero qué debo llevar?. . . . A dónde vamos?. . . .

—Vamos a la felicidad y para ir allá no se necesita llevar nada. . . .
Anda. . . .

Los jóvenes salieron del brazo ante los ojos atónitos del cocinero, que nunca había visto a Raf, y subieron al automóvil, que partió ruidosamente en el silencio de la noche.

XXIV

—Oh, no me lo debes negar, es inútil. . . Tu misma inseguridad al hablar está diciendo claramente que no eres veraz y Magdalena, con los ojos húmedos en llanto, reclinó la cabeza sobre el hombro de Raf.

—Pues te equivocas, Magdalena, te equivocas. Yo te quiero como siempre y yo no sé de dónde sacas tú que he dejado de quererte. . .

—De todo. . . Tu frialdad al hablarme, tus visitas de compromiso, rápidas y siempre dentro del paréntesis de una urgente ocupación. . . Además, el corazón me dice que ya dejaste de quererme. . .

Tonterías. . . tonterías sin una base. . . sin nada. . .

Magdalena levantó la cabeza y fijando sus grandes ojos negros en Raf le dijo:

—Nunca me has engañado; creo que no sabes mentir y yo quiero que seas franco conmigo, en la seguridad de que una certeza me será menos amarga que esta incertidumbre que me mata. . . Dime, Raf, ¿no amas a otra mujer?

—Pero. . .

—No; respóndeme categóricamente; tú sabes que no me gustan términos medios.

—Pero qué quieres que te diga?. . . Yo no sé de qué proviene tu duda. . .

—De tí. . . de tu manera extraña de ser hoy. . .
Mira!!! Y esta última palabra la pronunció Magdalena con la voz crispada dolorosamente, mientras levantaba en el aire una hebra de rubio cabello dejada sobre el hombro de Raf.

Raf enrojeció, mientras una sonrisa forzada le entreabría los

labios.

—Todavía vas a negármelo, Raf? dijo Magdalena serenamente, dignamente, en tono de reproche.

—No; jamás pensé negártelo, pero esperaba mejor ocasión que ésta para decírtelo.

—Para estas cosas la mejor ocasión es la primera, amigo mío, con la cual se evitan malos ratos y hondos resentimientos.

—Pero si es que me sucede algo que para mí es tan natural y que para todos es tan raro, que ya me da vergüenza decirlo porque nadie me cree. . .

—Extraño tiene que ser cuando juzgas que ni yo he de comprenderte.

—Cierto es que eres excepcional, pero pudiera suceder que el amor te hubiera hecho como todas.

—No; cuando la educación del carácter es sincera y honda, no la alteran ni el odio ni el amor. Yo sé que soy la misma aunque para vos haya cambiado ya. . .

—Lo ves, Magdalena, lo ves?. . . Quién te dijo que yo he dejado de quererte?

—Vos mismo acabáis de decírmelo, amigo mío.

—Ya te dije que nadie me comprende. De modo que tú piensas que porque amo a otra mujer dejé de amarte a tí?

—La teoría es bella y sobre todo cómoda, y merece, por tanto, que la expliquéis.

—Pues es muy sencillo: Yo amo a otra mujer enteramente distinta de tí. Rubia, ingenua, delicada, casi espiritual. Tú y ella no sois sino partes del ideal, de ese ideal eterno que no se puede personificar y que todos llevamos escondido en lo más íntimo de nuestro ser y que nos empuja hacia el porvenir, ansiosos de caminar en su busca. . . Yo la quiero a ella por una causa distinta de la que me trae a quererte a tí. . .

—Oh, sería bello si eso fuera cierto; pero vos mismo os engañáis.

—No, Magdalena, yo no me engaño. Yo amo en tí tu gallardía, tu sabiduría, tu ademán dominador de emperatriz, tu palabra llena de experiencia y tu fuerte belleza de mujer madura; y en ella amo la inocencia, la espiritualidad, la ignorancia de la vida y la total entrega que me hace de su pensamiento y de su belleza apenas en botón. . . Sois absolutamente distintas; si yo te ofendiera a tí, me despreciarías; si la ofendo a ella, se muere.

—Sé que sois sincero, pero debo preveniros para que desconfiéis de vuestro corazón, todo bondad. Indudablemente aún me queréis, pero ha de llegar el día en que ese nuevo amor os llene toda la vida, porque es natural y es justo que eso suceda. Ella, según decís, es una flor que se abre y yo soy ya una rosa que se deshoja. A medida que la belleza de ella se encamine a su desarrollo, a su plenitud, la mía se irá ajando, porque ya dió todo lo que tenía que dar, y yo os he amado mucho, y os amo tanto todavía que no quiero que se apague en vuestra alma ese resto de ilusión con que aún me rodeáis en lo íntimo de vuestro ser. . .

—Pero, Magdalena, por Dios. . .

—Es inútil, mi querido amigo, nosotros hemos concluido. . . Lo mandan mi orgullo, mi egoísmo. . .

—Pero eres cruel conmigo, Magdalena, cuando yo no he querido nunca hacerte sufrir. . .

—Lo sé; sé que habréis de sufrir porque vuestro noble corazón os dirá que me habéis llenado el alma de amargura y vos querríais encontrar un medio de atenuar mi pena; pero eso es imposible, y a medida que más os violentárais para hacerme feliz, más rápidamente se iría borrando de vuestro corazón ese resto de amor que aún os hace preocupar por mi felicidad, y yo, os lo repito, aunque sólo sea por egoísmo, quiero conservar intacto en vos ese resto de ilusión conque aún rodeáis mi recuerdo y que me dejará la seguridad de que de vez en vez me dedicaréis un pensamiento vos. . . vos que sois el único hombre que he querido en mi vida. . . Y la voz de Magdalena quedó ahogada por el llanto; mientras ella escondía la cabeza entre las manos.

—Perdóname, Magdalena, perdóname el mal que te hago sin quererlo, suplicó Raf, mientras acariciaba las sonrosadas orejas de Magdalena.

—Estáis perdonado de todo corazón; pero es preciso ya termi-

nar, Raf.

—Me echas de tu casa, Magdalena?

—No; incapaz sería de hacerlo: pero deseo estar sola y a vos os reclaman en otra parte. . .

—Magdalena! murmuró Raf con los ojos húmedos por el llanto;

—Es inútil, Raf. Nos hemos querido bellamente y bellamente debemos separarnos.

Pero es horrible que no me déis tiempo de sincerarme con vos.

—No lo necesitáis. Si yo no estuviera convencida de lo noble que sois, ni hubiérais visto lágrimas mías ni estaríais aún aquí, Conque. . .

—Y no he de veros más, Magdalena?

—oh, sí y olvidaba preguntaros: ¿dónde vive ella?

—Magdalena. . .

—No temáis, amigo mío, quiero verla para aconsejarla y para decirle que ella tiene el compromiso de haceros feliz, porque por vuestra felicidad y la de ella yo me sacrifico sonriendo.

—Sois buena, Magdalena. . .

—Queréis decírmelo?

—Sí. . . En Bella Vista, **Villa Florencia**.

—Bien, gracias.

—Magdalena: un beso, el último beso. . . suplicó Raf.

—Imposible, Rafael; ese beso sería ya impuro y me quemaría el alma toda la vida.

—De rodillas, Magdalena, te lo pido.

—Es inútil que insistáis. Os he dicho que es cuestión de egoísmo y ahora no hago otra cosa que grabar indeleblemente mi recuerdo so-

bre vuestro corazón.

—En la mano, pues, Magdalena. . .

—Sea en la mano.

Raf puso en la mano de Magdalena un beso que se confundió con una lágrima.

—Adiós, Rafael, dijo ella terminando.

—Adiós, Magdalena. . .

XXV

El coche que llevaba a Magdalena se detuvo en Bella Vista, frente a Villa Florencia, donde la joven descendió. Al detener los ojos sobre la Quinta, un doliente suspiro le brotó a Magdalena desde lo más íntimo de su ser, porque bajo la luz de la Luna, aquella casita rodeada de flores y cubierta de enredaderas parecía vivienda de cuento, ideada por un poeta para esconder en la soledad y el silencio la violeta de un casto y sincero amor.

—Sí que la debe querer, pensó Magdalena, cuando se aleja de todo para quererla. . .

Dentro, la voz de Francesca cantaba en el silencio **Vicci d' Art'** la bellísima romanza de **Tosca**, que tantas veces la cantara Magdalena a Raf por ser uno de sus trozos favoritos. Y en el recogimiento de la noche primaveral, la voz de Francesca cristalina, fresca, ingenuamente apasionada, sollozaba con extraños lamentos de una dulzura infinita que por extraña contradicción evocaban la torva figura de Scarpia. Y el piano adquiría sonoridades inusitadas y discretos de hembra en celo que denotaban la maestría de la mano que recorría el maravilloso teclado. Magdalena avanzó sugestionada por el encanto de la voz. Había olvidado todo y una emoción de belleza y de arte la inundaba, llenándola de admiración y de asombro. Subió los peldaños de la escalinata y entró al recibidor. Se detuvo un instante temerosa, pero la romanza llegaba ya al final y la voz la atrajo como hipnotizada. Dio unos pasos más y quedó en la puerta del salón, un saloncito sobrio y elegantemente adornado. Raf, al lado de Francesca y de espaldas a Magdalena, tenía el codo apoyado en el piano y baja la frente, pensativo y abstraído. La romanza llegó al final y la voz se fue apagando

lentamente, suavemente como un suspiro que se borra en el viento. . . Raf se acercó en silencio y besó a Francesca en la frente, con los ojos húmedos en llanto. Francesca y Magdalena también lloraban. De pronto al hacer girar la silla, Francesca advirtió a Magdalena.

—Magdalena. . .

—Francesca, otra vez!! . . .

Raf se había puesto en pie todo azorado.

—No temáis, amigos míos, no temáis. . . La fatalidad nos hizo tan iguales que nuestras vidas a veces se enredan y vivimos a ratos la vida del otro. Ya véis, una música que esconde quién sabe qué historia de dolor que nosotros ignoramos nos hace llorar a los tres. . . Francesca: usted no sabe que la suerte nos ha puesto de nuevo frente a frente. Sus ojos me dicen que usted ignora que yo y Raf nos hemos amado; pero no temáis, yo vengo a despedirme de vosotros y a deciros a vos, Francesca, que tenéis la obligación de hacer feliz a Rafael porque él os ama y porque yo renuncio a la felicidad única de mi vida por veros dichosos a vosotros. . .

—Magdalena, amiga mía. . .

—Podéis creerlo. Os amo como a una hermana, como a una hija, porque conozco la bondad de vuestro corazón y comprendo que no debo yo agregar una gota más al gran dolor que habéis sufrido durante tanto tiempo. . . Tenéis derecho de ser feliz y no he de ser yo quien os dispute esa felicidad.

—Pero vos, Magdalena. . .

—Yo me marcho mañana y he venido a despedirme de vosotros. . .

—Pero eso no puede ser, Magdalena, dijo Raf.

—Tengo los pasajes todos comprados, y si queréis hacerme el último favor, id mañana a la estación para tener la dicha de veros hasta que el tren se pierda en el camino. . . Y ahora, adiós. . .

—Magdalena, amiga mía, gimió Francesca, abrazando a Magdalena, ahogada en llanto.

—Yo sé que sois buena, Francesca mía, no os dé pena. La fatali-

dad ha querido ponernos frente a frente y nosotros debemos burlarnos de la fatalidad dándonos la mano siempre. . . Y luego dirigiéndose a Raf:

—Adiós Rafael, y aprenda a querer a Francesca como ella lo merece.

Raf tenía la cabeza baja y los ojos húmedos en llanto. Yo la acompañaré a su casa, Magdalena, dijo.

—No, imposible. Id mañana a la estación a las diez. Adiós. . .

—Adiós, Magdalena. . .

Y Francesca, sollozando, se abrazó al cuello de Raf que también tenía los ojos húmedos en llanto.

XXVI

Cinco minutos faltaban para las diez cuando Raf y Francesca llegaron a la estación. El joven compró dos billetes de andén y pasaron. Magdalena les sonreía desde una de las ventanillas de un vagón. Las ojeras profundas y los ojos enrojecidos, denotaban una noche de llanto y de dolor que la bondad de Magdalena quería inútilmente ocultar a los ojos de los jóvenes con su sonrisa llena de amargura y con su gorra, de un color primaveral.

—Temía no veros ya. Como tengo el reloj adelantado creía que la hora de salida había pasado ya y que el tren salía por momentos.

—Oh, no hemos hecho otra cosa que pensar en vos. Me da tanta tristeza que os marchéis. . .

—Lo creo, Francesca, lo creo, y ese es un dulce consuelo que os debo.

—Y que me podéis pagar queriéndome como yo os quiero.

—Mis cartas os lo dirán.

De veras que me escribiréis?

—Sí, de tarde en tarde os escribiré para saber de vosotros y para

que sepáis de mí.

El toque preventivo sonó y un estremecimiento febril recorrió el andén.

—Adiós, Francesca.

—Adiós, Magdalena, amiga mía.

—Rafael, adiós. . . Y la voz de Magdalena le salió del fondo de su alma.

—Adiós, Magdalena, que seáis todo lo feliz que merecáis.

—Quiéralo, el cielo, amigo mío.

El tren se puso en marcha y las lágrimas brotaron al fin tumultuosas a los ojos de Magdalena.

—Adiós, dijo ahogada por un sollozo.

—Adiós, murmuraron los jóvenes desde el andén. Y hasta que el tren se perdió en el camino, se vió el blanco pañuelo que enviaba un adiós húmedo en llanto.

EPILOGO

—Pues me ha encantado tu tierra, chico. No pensé que Panamá fuera tan populosa.

—Ha sido cuestión de año y medio este engrandecimiento de la ciudad.

—Sí, ya se advierte por el corte moderno de la edificación. Quiénes son esos jóvenes a quienes saludaste?

—Dos tipos de novela; muchachos muy simpáticos. A él lo llamamos Raf.

—Ella muy bonita, según parece.

—Sí, y él la conoció de camarera de una fonda donde la tenían secuestrada. Se enamoró de ella, hizo prender a los que la secuestraban, se casó con ella, que resultó heredera de dos millones de dólares.

—Una aventura bonita, eh?

—Tú dirás.

—Y esta Venus que se acerca?

—Se llama Tina de Albarrán y también tiene sus milloncejos.

—Pero es una perfectísima Venus Anadiomena con su vaporoso traje blanco.

—Al decir del 65 del Presidio es una Venus de factura.

—Qué quieres decir?

—Que estuvo a punto de casarse con un aventurero que resultó ladrón internacional y a quien prendieron un día antes de la boda. Ella parece que tuvo con él ciertas generosidades y él dice que toda la arquitectura que se gasta es de almacén, es postiza.

—Pero eso es horrible.

—Y qué quieres que le hagamos? Son cosas de nuestro ambiente.

